

Rafael Dávila Álvarez

LA GUERRA CIVIL EN EL NORTE

EL GENERAL DÁVILA, FRANCO
Y LAS CAMPAÑAS QUE DECIDIERON EL CONFLICTO

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
---------------------------	----

PRIMERA PARTE RUMBO A LA TRAGEDIA

1. ¿DÓNDE VAS, ALFONSO XIII?	19
2. DE CARTAGENA A MARSELLA. EL DESTIERRO	23
3. PRIMEROS PASOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA	33
4. MAYO 1931	38
5. UNA CONSTITUCIÓN PARA LA REPÚBLICA	45
6. 1932. EL GENERAL SANJURJO	49
7. LA DETENCIÓN DE SANJURJO. DOCUMENTO INÉDITO	54
8. REUNIONES EN ITALIA	59
9. LA GUERRA PREVENTIVA COMENZÓ EN 1934. EL EJÉRCITO ROJO	63
10. 1936. TODO SE PRECIPITA. REUNIONES ENTRE GENERALES	67
11. MOLA EN PAMPLONA. SE INICIAN LOS PREPARATIVOS	73
12. ASESINATO DE JOSÉ CALVO SOTELO	79

SEGUNDA PARTE
VERANO ÉPICO Y SANGRIENTO

13.	17 DE JULIO DE 1936. EL ALZAMIENTO. «EL CACAO YA ESTÁ COMPRADO»	85
14.	UN TENIENTE DE LA LEGIÓN INICIA EL ALZAMIENTO ...	88
15.	¿PUDO HABER ACUERDO?	92
16.	CARLISTAS EN PAMPLONA	98
17.	19 DE JULIO DE 1936	101
18.	BURGOS. <i>PRIMA VOCE, ET FIDE</i>	105
19.	MUERTE DE SANJURJO	110
20.	LA JUNTA DE DEFENSA NACIONAL	114
21.	LA BANDERA	124
22.	LA AYUDA EXTERIOR	127
23.	EL GENERAL FRANCO CRUZA EL ESTRECHO	138
24.	LA SITUACIÓN EN LA MAR	146
25.	FALTABA DE TODO	150
26.	LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN DE LA JDN. LA SIFNE	153
27.	OPERACIONES EN EL NORTE. SAN SEBASTIÁN	161
28.	DON JUAN DE BORBÓN QUIERE COMBATIR EN EL BANDO NACIONAL	174

TERCERA PARTE
FRANCO TOMA EL MANDO

29.	SALAMANCA: FRANCO NO FUE ELEGIDO JEFE DEL ESTADO NI NOMBRADO GENERALÍSIMO	179
30.	VEINTE AÑOS DESPUÉS	195
31.	1 DE OCTUBRE DE 1936. COMIENZA LA GUERRA	199
32.	LA JUNTA TÉCNICA DEL ESTADO	206
33.	EL COMBUSTIBLE PARA LA GUERRA	214
34.	EL ORO DE ESPAÑA	219
35.	LA SUSCRIPCIÓN NACIONAL. EL LABORATORIO DE ORO	226
36.	LA GUERRA EN MADRID	238
37.	GUADALAJARA	247

CUARTA PARTE
LA CAMPAÑA DECISIVA

38. VIZCAYA	253
39. INFORME DE LA SITUACIÓN DADO POR EL GENERAL DÁVILA	261
40. MUERTE DEL GENERAL MOLA. MANUSCRITO DEL GENERAL DÁVILA	265
41. BILBAO. EL CINTURÓN DE HIERRO	269
42. SANTANDER I	283
43. EL INCIDENTE DE BRUNETE	290
44. SANTANDER II	297
45. ASTURIAS	306
46. ARAGÓN Y DE NUEVO MADRID	321
47. TERUEL	331

QUINTA PARTE
EL DESENLACE

48. LA BATALLA DE LOS RÍOS LLEVA A CATALUÑA	351
49. INFORMES DEL GENERAL VICENTE ROJO Y SU VISIÓN DEL CONFLICTO	358
50. BARCELONA O VALENCIA. PREMISAS PARA UNA DECISIÓN	365
51. EL EBRO	370
52. UNA MANIOBRA NO APROBADA POR FRANCO. DIFERENCIAS ENTRE GENERALES	378
53. CARTA DEL GENERAL DÁVILA AL GENERAL FRANCO ...	383
54. DÁVILA SE PLANTA ANTE CABALLS. TERMINA LA BATALLA DEL EBRO	390
55. CATALUÑA. FIN DE LA GUERRA	394
56. 1939. LAS ÚLTIMAS OPERACIONES. OCUPACIÓN DE BARCELONA	399
57. EL DÍA DESPUÉS	407
<i>Anexos</i>	409
<i>Bibliografía seleccionada</i>	425

INTRODUCCIÓN

Podríamos empezar en Cuba, en Filipinas o en Annual; quizá en los Tercios de Flandes. La historia no puede escribirse a trozos, sin encajes, porque nada hay aislado ni se encuentra tan lejano que no nos afecte. Todos ellos son acontecimientos enlazados y dispuestos en un orden del que conocemos, apenas, las sombras. Los españoles han estado en los confines del mundo, con su palabra o con su espada, la historia habla español; ciertos son los versos de Bernardo López García en su oda al Dos de Mayo: «¡Doquiera la mente mía/ sus alas rápidas lleva,/ allí un sepulcro se eleva/ contando tu valentía./ Desde la cumbre bravía/ que el sol indio tornasola,/ hasta el África, que inmola/ sus hijos en torpe guerra,/ ¡no hay un puñado de tierra/ sin una tumba española!».

Pero nuestra historia, que es mundial porque al mundo ha afectado, en no pocas ocasiones se fractura por dentro de repente, en cuanto regresamos a casa, incapaces de ordenarnos y constituirnos en una nación orgullosa de su pasado y animosa para enfrentarse a su futuro. Alejandro Magno dormía junto a la *Iliada* y su espada. Nosotros parece que lo hacemos con el *Quijote* y la lanza.

Es una larga historia. Inabarcable. No podemos pretender, como aquel niño con el que se cruzó San Agustín, vaciar con un cubito toda el agua del mar en un pozo hecho en la arena. No lo pretendo. Tampoco es bueno quedarnos de brazos cruzados, incapaces, porque con rigor, humildad y trabajo se le puede ganar terreno al mar y descubrir

algo de lo que esconde que nos ayude a entender mejor lo que ahora pasa.

Uno de estos días llegaron a mi poder las herramientas necesarias para construir un dique y pensé que sería bueno adentrarme en el mar de la historia con el adecuado material, sólido y diseñado expresamente para la obra. Reconocí enseguida la tarea que me esperaba. Supe para lo que servían aquellos inesperados materiales que por alguna razón alguien había puesto en mis manos. Después de meditar sobre las responsabilidades, me hice cargo de los hechos y decidí ponerme a trabajar. No soy historiador, tengo los apuntes, pero no el título de ingeniero y, como el momento de la historia es convulso, me dije: esto hay que darlo a conocer y que cada cual saque sus conclusiones y construya su obra.

Aquí está un trozo de la historia de España, la de una de sus fracturas internas, el paréntesis que ha provocado una ruptura en el necesario, cada vez más urgente, encaje del antes y el después. Por nuestro bien debemos prestarle atención desde lo que conocemos de los hechos.

Por mis manos han pasado algunos documentos personales de mi abuelo, el general Fidel Dávila Arrondo (Barcelona, 24 de abril de 1878 - Madrid, 22 de marzo de 1962), anotaciones que minuciosamente iba apuntando, de su quehacer diario, en unas libretas negras, pequeñas, tanto como su letra, difícil de descifrar, pero con claves que abren el camino para adentrarnos en esa parte de la historia de España que tanto nos cuesta asumir como propia: la Guerra Civil. Sin conocer no es posible poner en orden las ideas y perdonar los graves errores cometidos en ambas orillas.

He repasado bibliotecas y archivos, no de fácil acceso, rodeados de incómodos procedimientos para llegar al objetivo. He mantenido muchas conversaciones y he recibido muchas sorpresas.

Revisar documentos ha llegado a encorvarme, algo menos que el tiempo ocupado en pensar y enlazar lo que se ha dicho, dice y puede que se diga. Muchos de los hechos que se toman como dogma de fe, pilares de tantos y tantos libros, no son exactamente como se reflejan una y otra vez, no sé si con alguna intención. Después de ochenta y cinco años quedan cosas por conocer, documentos que revelar, incluso puede que no todo fuese exactamente como hasta ahora se ha contado. Por lo menos

algunas cosas. Todavía existen intereses, desatenciones, olvidos y miedo. En algunas personas sigue el recelo cierto a contar sus historias.

Mi intención es dar a conocer con rigor lo que mi abuelo, entre sus documentos de guerra, dejó escrito —por algo sería—; lo hago con enorme respeto a lo sucedido entre españoles, a unos y otros.

Ya he dicho que no soy historiador y es a ellos a quien quiero ayudar. Lo que expongo es una pieza más de un puzle que cada vez se enraza más. Ayudar a recomponerlo ha sido mi intención.

Como militar, conecto con la historia de mis anteriores generaciones de soldados: mi bisabuelo, el teniente coronel Mateo Dávila; mi abuelo el general Fidel Dávila; mi padre el general Manuel Dávila; y este que les escribe, el general Rafael Dávila.

Al acercarme a tantos inéditos documentos, hubo algo que me transportó a una de mis recientes lecturas:

Luego nos advirtió que los planos que buscábamos estaban en un cajón con un letrero: Mapas, y que no anduviéramos revolviendo en los libros de la biblioteca, ni ningún papel que no fuera necesario, porque los libros y papeles hacen mucho sentimiento de su dueño cuando está ausente, y se callan y no dicen nada como cuando él está presente.

Es un párrafo del primer capítulo de *Maestro Huidobro* del Premio Cervantes José Jiménez Lozano.

Son las palabras justas, las que no sabría yo encontrar para describir el estado emocional ante los cientos de documentos, libros, libretas, agendas, calendarios, manuscritos, oficios, partes de guerra —también de paz—, órdenes y sugerencias, desórdenes evidentes, mapas, croquis, esbozos, apuntes, borradores, cartas, mensajes, telegramas azules, urgencias, acusaciones, papeles, que fueron blancos y son sepia, color antiguo que ya huele a tiempo, ante el tiempo que fue; y empiezo a abrir y sacar de unas cajas que aparecen en el ático de mi casa. No por casualidad. Esta historia encerrada en cartones que ahora abro es centenaria y milenaria, es un árbol viejo, muy viejo, que de nuevo brota de la tierra y da forma a un tronco nuevo. Ocurre cuando unas manos de primavera airean tanto papel y hacen volar las hojas como convertidas en pajaritas recién llegadas de su viaje lejano, con nuevas noticias del pasado; aunque no siempre es así.

No pretendo escribir un libro de historia desde la metodología del profesional, sino con la de soldado, una historia que aparece entre documentos y conversaciones familiares. Esto es lo que les quiero contar, y lo que con su permiso paso a contarles.

No sin antes volver al *Maestro Huidobro*:

Y, luego, junto a la ventana, había una jaula con un loro que se llamaba Napoleón y repetía:

— ¡Napoleón vigila! ¡Napoleón vigila!

Y, cuando nos arrimábamos a la librería, decía también:

— ¡Cuidado con esos! ¡Cuidado con esos!

Pero luego ya no dijo nada cuando abrimos los cajones de los atlas y los planos y las escrituras. Vio que éramos amigos. Así que Bea, Cosme y yo, nos dispusimos a investigar muy deprisa.

Olvidemos las precauciones, los prejuicios, las maldades, y abramos los cajones de la historia. Investiguemos y ¡que se calle el loro! Somos amigos.

Ya no deberíamos tener cuidado con esos ni con aquellos.

PRIMERA PARTE

RUMBO A LA TRAGEDIA

¿DÓNDE VAS, ALFONSO XIII?

El 14 de abril de 1931 el Rey se marcha, abandona el ejercicio de sus funciones para evitar un supuesto y posiblemente no seguro derramamiento de sangre.

No había razón alguna; nadie había depositado en las urnas la forma política del Estado. Solo eran unas elecciones municipales que el Rey ni perdía ni ganaba; él no entraba en juego. Nunca se sometió a referéndum la forma política del Estado. De unas elecciones municipales surgió la República.

Alfonso XIII se quedó solo.

¿Dónde están mis leales? No están aquellos cadetes de infantería a los que con tanta frecuencia visitaba en Toledo, en el campamento de la Academia Militar, Los Alijares. Fresco el recuerdo de aquella tienda de campaña en la que durmió el Rey un día ya lejano mientras resonaban en sus oídos las palabras que su director dirigía a los caballeros cadetes: «Conservad en vuestros corazones estos sentimientos de admiración, cariño y adhesión a nuestro Rey, que ellos serán la guía de nuestro proceder en todos momentos [*sic*], hasta en los más peligrosos de nuestra gloriosa carrera. Dedicad todas vuestras energías, vuestra vida entera, a su gloria, que es la de la Patria [...]. Recordad en todo momento que las páginas más gloriosas de nuestra historia las ha escrito la infantería con la punta de sus bayonetas».

Otros cadetes, los de la Academia General Militar estaban más lejos: en la Academia General Militar de Zaragoza. Su director, el general de

brigada Francisco Franco Bahamonde, había propuesto que la General, como se la conocía, se ubicase en El Escorial. Entonces las cosas podían haber sido distintas: «Si hubiésemos estado en El Escorial acaso habrían podido cambiar algunas cosas. A mí me hubiese sido fácil presentarme el 12 o el 14 de abril de 1931 en Madrid, al frente de los cadetes, e influir, quizá, sobre las circunstancias que determinaron la expatriación de Alfonso XIII». (*Franco*, Manuel Aznar).

Ya antes, muy pocos meses antes, el 12 de diciembre de 1930, el general Franco había plantado cara al golpe de Estado republicano. Un servicio de guerra, al tomar posiciones con sus cadetes en Zaragoza sobre la carretera de Francia para detener a la columna del capitán Fermín Galán, laureado de la Legión, sublevado en Jaca por la República.

El desorden e improvisación de la columna de Galán hizo que no pasase de Huesca. Detenida y anulada. Los capitanes Galán y García Hernández fusilados.

Era el pronunciamiento militar vanguardia del Comité Revolucionario, que pretendía que los militares fuesen por delante, asegurarse la fuerza. Casares Quiroga, que iba camino de la revolución del capitán —dicen que a detenerla—, se quedó dormido en el hotel de Jaca. Al despertarse ya se había sublevado Galán, que avanzaba hacia Huesca. ¡En nombre del Gobierno Provisional Revolucionario!

A partir de ese momento nadie estaba tranquilo. Se había inaugurado una etapa de permanente violencia y desconfianza política y social. Después del fracaso militar y revolucionario, inventaron la excusa de las urnas. Unas elecciones de falsa interpretación y amañados resultados.

Al fin, como consecuencia de sucios pactos y manejos, sin razones legales en que sustentarse, llega a España la República, porque el Rey se va. Dicen que para evitar un derramamiento de sangre; nadie dijo lo de supuesto y posiblemente no seguro derramamiento de sangre, que al final, ya sin rey, se produjo. No era el Rey el problema.

El 14 de abril Alfonso XIII tiene que abandonar España.

Son las hijas de un general y marqués, Gonzalo Queipo de Llano, las primeras en subirse a una camioneta y recorrer las calles de Madrid al grito de viva la República: «En alguno de esos camiones, roncas de gritar y sinceramente convencidas de la gloria de la jornada, iban mis hijas»

(Queipo de Llano, en *Mis almuerzos con gente importante*, José María Pemán, Dopesa, Barcelona, 1970).

Mientras se le acaba el tiempo, el Rey tiene aún lucidez para una breve meditación. Aquella dictadura, ¿para qué? No era eso, no era eso. Esto no acabará aquí. Si se queda: ¿habrá guerra? ¿Y si se va?

¿Dónde vas, Alfonso XIII? Ya no hay vuelta atrás. Que se las arreglen ellos.

La Guardia Civil se inhibe por orden del general Sanjurjo, José Sanjurjo Sacanell, dos veces laureado, su director. El repentino republicano, marqués del Rif, recuerda sus cuentas pendientes con el que ya es solo don Alfonso: el Toisón de Oro que no le han dado, que si su mujer no es del gusto real. ¿Por qué no le ha nombrado gentilhombre, con acceso directo al despacho real?

Esos días abrialeños de repúblicas, el general Sanjurjo se convierte en protagonista. Le gusta ser importante. Lo es. África y alguna cosa más le han dado fama y honores que a veces no se corresponden con su inteligencia. El ministro de Estado Alejandro Lerroux le pide que asegure el orden. El general exige para él plenos poderes sobre el Ejército, las Fuerzas de Seguridad y la policía. Lo quiere todo y lo obtiene. (Maximiano García Venero, *Madrid Julio 1936*, p. 191, en cita del libro de Emilio Esteban-Infantes *General Sanjurjo. Un laureado en el penal del Dueso*, AHR, Barcelona, 1957).

Sobre el marqués del Rif va a recaer el peso de la bienvenida a la República, que necesitaba para colarse en España el aval de un general, a pesar de Azaña, muy a su pesar: «Accedió sin resistencia a prestar a la República, que reconoció, el primero e inestimable concurso de la Guardia Civil de la que era director general. Siguió al frente de ese Instituto, pero muy pronto inicióse una antipatía que le hizo incompatible con Azaña, el cual no se cansaba de manifestar la molestia sentida ante la pretensión de que la República tuviese un patrono o protector y con entorchados» (Niceto Alcalá-Zamora, *Mis Memorias*, Colección «Espejo de España», Planeta, Barcelona, 1998).

Antes de que el Rey se vaya definitivamente, un último intento lleva a Romanones a proponer su abdicación y establecer una regencia de la que fuese titular el infante don Carlos de Borbón Dos-Sicilias, que había sido capitán general de Sevilla, y en esos momentos inspector del

Ejército. Persona muy considerada, de enorme prestigio entre civiles y militares. Una quimera. Ya era tarde para el apellido Borbón en España. No había vuelta atrás.

Desde el 12 de abril de 1931 la calle no deja de gritar. Por ahora solo eso: gritos.

Berenguer, ministro de la Guerra, rubrica el final de la escena. Escribe a los capitanes generales la noche del mismo día 12 y les da la orden definitiva: «Que los destinos de la patria siguieran el curso que les impone la voluntad nacional». Está claro: no hay que contar con el Ejército, que nadie mueva un pelotón. Lo que diga Sanjurjo. Nada que hacer. Dejar correr la calle.

El Rey no tiene donde apoyarse. Dice que no quiere derramamiento de sangre.

¿Y si resiste? «Dios sabe lo que hubiese ocurrido si Su Majestad resistiese; tal vez se hubiese salvado el trono» (Franco. MC. FFSA*, p. 491).

Es el final de la Monarquía: «Quiero apartarme de cuanto sea lanzar unos compatriotas contra otros en fratricida guerra civil... Suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real y me aparto de España».

Se acabó el Reino de España, que ahora es la República española. Rumbo a Cartagena.

La guerra que vino no fue como consecuencia de la marcha del Rey sino por los que en un ruin pacto (Pacto de San Sebastián) traicionaron el curso de la historia y amañaron a su gusto unas elecciones para montar su República, que no supieron encauzar ni dirigir. Ni la Monarquía ni la República eran culpables. Solo la incompetencia de unos dirigentes demasiado complacientes; con su escasa sabiduría gobernante se llevaron por delante la Monarquía y detrás de ella la República. Habrá que admitir la consabida frase: «La República la trajeron los monárquicos y, después, la perdieron los republicanos».

* *Mis conversaciones con Franco*, Francisco Franco Salgado-Araújo.

DE CARTAGENA A MARSELLA. EL DESTIERRO

Jesús Juan Garcés, oficial de la Marina de Guerra, licenciado en derecho y perteneciente al Cuerpo Jurídico de la Armada, nos dio la oportunidad de conocer en detalle cómo fueron aquellas últimas horas de la Monarquía y el viaje de don Alfonso al destierro. Lo hace a través del relato del almirante José Rivera y Álvarez de Canero, ministro de Marina en aquellos momentos, y que acompañó al Rey en su viaje hasta Marsella. Lo publicó en *La Gaceta Ilustrada*, n.º 444, de 10 abril de 1965.

Tentado he estado, en honor a la brevedad y al espacio literario, de resumir este importante testimonio, pero no me he atrevido a cambiar ni una coma de lo escrito por el almirante, documento oficial depositado en el Museo Naval.

Es un relato exacto no solo del viaje, sino del ambiente oscuro de aquellos momentos, en el que se traslucen las relaciones del Rey con el ministro de Marina y los que le acompañan, entre el deber y el sentimiento, que nos permiten deducir lo que ocurría por muchos corazones de tantos militares y españoles. Descripción breve, declaración militar del servicio prestado, en la que el almirante no puede evitar traslucir la frialdad del viaje al exilio.

Manuscrito 1.306:

El domingo 12 de abril fueron las elecciones municipales y el lunes 13 conocí por el ministro de la Gobernación, que me habló por teléfono,

el desastroso resultado de las mismas. Hablé también con Aznar (capitán general de la Armada, presidente del Consejo de Ministros) y me dijo que a las cuatro tendríamos Consejo. Nos reunimos a esa hora y tomó la palabra Romanones, quien desde luego opinó que la única solución era que el Rey se marchase y desde luego que el gobierno debía presentar la dimisión y aconsejar lo ya dicho. Pensé que esto era ya cosa conocida por el Rey, dadas sus relaciones íntimas con Romanones, ya que este era quien llevaba la política del gobierno y más aún porque ya traía una cuartilla escrita con su opinión.

Aunque la cosa era muy fuerte, todos comprendimos que no había otra solución, pues ni el Rey quería seguir ni el ministro de la Guerra contaba con el Ejército, según expresó claramente repetidas veces. Cierva fue el único que opinó enérgica y decididamente en contra. Yo me limité a repetir lo que había dicho en la primera reunión de gobierno: que mi papel era sostener la disciplina de la Marina, pero veía claramente que sin contar con el Ejército y la Guardia Civil, y siendo la voluntad del Rey no batallar, era inútil todo esfuerzo. En vista de esta larga y penosa discusión, el presidente fue a dar cuenta al Rey y presentar la dimisión del gobierno, que continuaría en su puesto hasta la resolución definitiva.

El día 14 recibí aviso telefónico de que a las doce estuviera en Palacio, y poco más tarde me llamó el Almirante Aznar y convinimos en alistar un crucero. Supuse para lo que era y di las órdenes al almirante de la Escuadra. A las doce estaba en Palacio y allí me enteré de que el Rey estaba conferenciando con García Prieto y Romanones y quería oír a todos los ministros. El cariz de Palacio era alarmante, pero la poca gente que había en la cámara aún conservaba esperanzas; salieron los arriba mencionados y entramos Berenguer, Maura y yo. Tomó la palabra el Rey y expresó su resolución de ausentarse de España en vista de las circunstancias, pues aunque no le faltaba valor para jugarse la vida y estaba seguro de contar con fuerzas suficientes para resistir, no quería que por su causa se derramara sangre. Maura le dijo que le parecía bien su resolución y que no pasaría un mes sin que hubiera una reacción. Berenguer callaba e insinuaba su desconfianza en el Ejército y yo dije que confiaba en la actitud de la Marina y que no opinaba como Maura. Después entró La Cierva con otros dos ministros. No sé, pero me lo imagino, lo que el primero diría al Rey. Volví al ministerio y, después de comer, a mi despacho, donde

recibí otro aviso de que a las cuatro y media había Consejo en Palacio. Ya se veía la revolución y en el edificio de Correos ondeaba la bandera roja y por las ventanas los empleados asomaban banderitas. Fuimos a Palacio encontrando mucha animación en las calles de gente del pueblo.

Durante el Consejo se repitió lo de por la mañana. El Rey no vacilaba en su decisión de marcharse para evitar sangre, pero estaba tranquilo. Cierva insistió en su idea de probar a resistir y discutió con alguna viveza contra Berenguer, García Prieto y Romanones. Hubo el detalle de que entró el ayudante de servicio y entregó a Romanones un escrito de Alcalá-Zamora, al parecer conminatorio, pues era ya tarde y se acercaba la noche. Al poco rato, y siendo inútil la discusión, nos levantamos y fuera del Consejo, ya junto a la ventana, el Rey hizo la exclamación:

—Esta casa en que nací y que quizá no volveré a ver...

La primera parte es segura, la última algo parecida. Se habló de que Cartagena había ya preparado un Crucero y Hoyos se ofreció al Rey para acompañarle a dicho punto, pero todos dijeron que el ministro de la Gobernación no debía ausentarse, y Romanones dijo que fuera yo quien le acompañase, a lo que me presté, desde luego. Durante el Consejo se había convenido que el gobierno continuaría hasta las diez de la mañana del día 15, en el que el presidente haría entrega a Alcalá-Zamora.

Quedo con el Rey en recogerlo a las nueve y yo le llevaría en mi coche de uniforme. El Rey se despidió y abrazó a los demás y los ministros nos reunimos para nada, pues ya no había nada que hacer. Yo me marché pues eran las siete y media y tenía que preparar mi viaje. Ya me costó llegar al ministerio y tuve que hacerlo por las calles extraviadas y aún por estas había gente y gran animación, viéndose muchas banderitas republicanas. Llegué al ministerio y conversé con el jefe de Estado Mayor, almirante Cervera. A quien entregué mis papeles y le dije advirtiera al capitán general de Cartagena mi salida para aquella plaza con el Rey y que tuviera abierta la puerta del arsenal y todo dispuesto para embarcarse inmediatamente en el crucero que estaría listo. También mandé alistar otro crucero que no hizo falta. Al poco de entrar en el ministerio recibí otro aviso de Palacio para que fuera a las ocho y media en vez de a las nueve, lo cual era difícil por detalles de preparación inexcusables y entre ellos porque el coche no estaba convenientemente preparado y el chófer de confianza, Requeijo, que conocía muy bien el camino y coche,

se había marchado a la calle. Por fin llegó el chófer y pude salir minutos después de las ocho y media, después de abarrotar de gasolina para no tener necesidad de parar hasta Albacete. Ya estaba Madrid intransitable por las calles del centro y me fui por Génova, que tardé bastante en pasar por las aglomeraciones de gente, coches y carros con mujeres con trajes fantásticos y promoviendo gran algarazara. Salí del atasco y tomé por las Rondas, donde tampoco faltaba animación, y por fin llegué a Palacio, al que atraqué a la puerta del Príncipe que estaba imponente y dejé allí el coche con mi ayudante, atravesando yo a pie aquella multitud que me dejó pasar a pesar de ir de uniforme. Llegué al ascensor y no había nadie. Subí la escalera y salí a la galería donde solo había un alabardero a la entrada del primer pasillo. Entré en la saleta y allí me esperaba el ayudante Moreu, con orden de conducirme a las habitaciones particulares de la familia real, que yo desconocía, y me dijo que el Rey me esperaba con impaciencia.

Acompañado de Moreu pasé a un salón donde de pie y rodeada de varias señoras estaba la Reina, a quien saludé, así como a los infantes don Jaime y don Gonzalo. Entramos en un pasillo y a poco encontré al Rey con sombrero puesto y me dijo:

—Vamos, don José.

Me puse a su lado, y al salir de nuevo a otro salón grande, apareció rápidamente multitud de servidores que cariñosamente le rodearon y dijeron que volviese pronto, al propio tiempo que le daban vivas. Acompañaba también al Rey el jefe de la Casa Militar y ayudantes de servicio y otras personas de Palacio.

Bajamos en un ascensor y en él dije algunas palabras al Rey que estaba con la preocupación natural, a las que no me contestó. Bajamos por una escalera oscura y salimos afuera por la puerta secreta del Campo del Moro. Como no me habían dicho nada y mi auto quedaba en la del Príncipe, lo mandé a buscar por medio de Moreu, y a poco estuvo allí. El Rey me dijo que él iría delante con el infante don Alfonso y que fuese yo con el duque de Miranda detrás. Venía también mi ayudante Feros. La oscuridad era grande y allí no había más que autos y un montón de gentes que inoportunamente daban vivas al Rey. A eso de las nueve salimos. El Rey delante, yo detrás y después no sé en qué coche irían, pues, como digo, la oscuridad era grande. Salimos de Madrid sin novedad y yo creo que sin ser advertidos, y ya, camino de Aranjuez, nos enteramos, al menos

yo, de que nos escoltaba un coche de la Guardia Civil, con un sargento y cuatro guardias. Pasamos por Aranjuez y otros pueblos, en todos los cuales había mucha gente en la calle principal (la carretera) y en todos chillaba la gente, pero sin hacer otras demostraciones. Algo debían de saber, pues siendo día de trabajo y a horas desusadas, es raro que estuviesen en la calle y en tan gran número. La primera parada la hicimos en pleno campo y pasado Aranjuez. Bajamos todos y nos reunimos con el Rey, Miranda y yo, también el infante, que nunca se separaba de él. El Rey me dijo:

—¿Quién me ha empaquetado a mí para Cartagena? ¿Tú?

Y yo le contesté que sí, que el gobierno.

—¿A dónde vamos después?

—Ya se lo diré a S. M. y al oído: Marsella.

Pude observar que venían en la expedición tres ayudantes del Rey, Uzquiano, Alonso y Gallarza, vestidos de paisano, y quizás otras personas que en la oscuridad de la noche no pude distinguir. A los pocos momentos volvimos a los coches y continuamos el camino como antes a gran velocidad, y continuó el mismo espectáculo al pasar por los pueblos. A eso de las doce hicimos otra parada y vinieron a decirme que el Rey iba a cenar, y como la noche estaba fría, ni Miranda ni yo bajamos del coche (ninguno de los dos había cenado, ni cenamos aquella noche).

Volvimos a parar por tercera vez y el Rey me dijo que procurara no pasar por las calles de Albacete y que fuese yo delante, pues él no conocía bien el camino. Así lo hicimos, aunque del todo no era posible, pero como era ya la una de la madrugada, no había nadie en las calles que atravesábamos. Volvimos a parar a eso de las dos para dar gasolina al auto del Rey.

Al llegar a Murcia tampoco encontramos gente en las calles, pero dio la casualidad de que al llegar al paso a nivel de la línea férrea, lo cerraron por estar un tren maniobrando. Estuvimos parados unos siete u ocho minutos y se acercaron a prudente distancia cinco hombres, que quedaron parados y observando, pero al poco rato saludaron quitándose los sombreros y lo volvieron a hacer al abrir el paso y continuar nuestro viaje. ¿Quiénes serían? ¿Policías, periodistas? No sé. De Murcia a Cartagena sin novedad y a más de cien kilómetros entramos por la calle Real, y al enfocar la puerta del Arsenal, la encontramos abierta como yo había ordenado, pero con numeroso público que, contenido por la guardia (pues no se le dejó entrar como deseaba), prorrumpió en gritos y vivas a la República.

Entramos hasta el muelle de la Machina, donde encontramos a la marine-
ría correctamente formada y me parece que armada, y un grupo grande
de jefes y oficiales que rodeó al Rey. Me puse a su lado y pregunté por
los generales, quienes llegaron al momento, pues estaban a nuestra entrada
esperando a la puerta del Arsenal. Tan pronto llegaron Cervera y Magaz
y saludaron, invité al Rey a que embarcara en el bote dispuesto al efecto, y
una vez embarcados nos fuimos al buque *Príncipe Alfonso*, que nos espera-
ba a pique del ancla. Al abrir el bote del Arsenal, el almirante Cervera, jefe
del mismo, dio siete vivas al Rey, y este contestó con un:

—¡Viva España!

A bordo venía el almirante Magaz y el jefe de Estado Mayor, López
Tomasete, el gobernador militar, general Zuvillaga y otros jefes y oficiales.
Atracamos y subimos al *Príncipe* en cuya cubierta esperaba el almirante
Montagut, jefe de la Escuadra y el de la División de Cruceros, Salas, así
como el comandante y oficiales del buque y otros de la Escuadra. Tanto
en el bote como a bordo, el Rey saludó y habló afablemente con todos.
Tan pronto estuvieron a bordo los maletines del equipaje, le dije al Rey
que despidiese a todos para marcharnos, extrañado y agradeciéndome que
yo continuara a bordo acompañándole. Una vez fuera los que no eran del
buque, di orden al comandante Fernández Piña de salir a la mar. Lo que
verificamos, estando fuera de malecones a las cinco y media. Por deseo
del Rey subimos al puente alto, donde permanecimos durante la salida,
pues me dijo que «quería ver España por última vez». Me preguntó dónde
íbamos y le dije que a Marsella, indicándome él que le parecía mejor To-
lón, pues Marsella era puerto de mucho movimiento, pero yo le convencí
de que era mejor Marsella y que llegaríamos al amanecer, entre dos luces.
Una vez en la mar nos fuimos a acostar, pues ya era hora (y yo sin cenar).
Al comandante le di instrucciones para la recalada a Marsella, etcétera.

Día 15.- A las diez me levanté y subí al puente, donde estuve un rato
con el comandante. A mi paso por cubierta, tanto al ir como al volver a
la cámara, pude observar la corrección de las clases y marine-
ría por su actitud correcta y disciplinada. Al llegar a bordo la noche anterior observé
una persona que, con el duque de Miranda y el ayuda de cámara, formaba
su séquito. Al infante lo alojé en el camarote del jefe de Estado Mayor. El
duque en el del ayudante y yo en el del comandante, como más próximo
al Rey que iba en el del almirante. Dije al comandante que mientras estu-

viese el Rey a bordo se le tratara como tal, y por tanto que él invitaría a la mesa, como así lo hizo después de hablar yo con Miranda. Almorzamos a la una y fuimos invitados, así como a la comida de la tarde, el comandante, un jefe y un oficial y los cuatro que veníamos con el Rey. Este se mostró siempre sereno, si bien en la conversación divagaba algo (no es extraño). Hablaba de su porvenir y de cosas de barcos, dirigiéndose especialmente a los invitados del buque. El infante también habló de su porvenir. El Rey pidió al comandante una bandera del buque como recuerdo, y al disculparse este diciendo «que estaban a cargo», intervine yo para que le diera una del bote, como así se hizo. Al llegar se supo por radio que había tenido lugar la proclamación de la República y poco después recibió el comandante orden del almirante de la Escuadra para que, después de desembarcar el Rey, se izase la bandera republicana, haciéndosele los honores de ordenanza. De todo me daba cuenta el comandante, y de esto al Rey, quien me preguntó «cuándo se izaría», y yo le dije que cuando se fuera y saliéramos de aguas jurisdiccionales francesas.

Nada que yo sepa ocurrió durante el día de la cena. Ya de noche se recibió radio de Gibraltar en que el infante don Juan preguntaba qué hacía y el Rey quiso que se le contase «que fuere a París aprovechando el primer paquete» que saliera para Génova o Marsella, pero esta comunicación no se puso. También quiso se telegrafiasse al embajador de París, de lo que le disuadí. Hasta las once de la noche estuvimos en conversación en el sofá de la cámara hablando, como es natural, de su situación, la que no veía clara, y a cuyas preguntas me era difícil contestar, pues se sentía optimista, y yo no lo era. Por fin me despedí de él, pues íbamos a recalar al amanecer y nos convenía descansar. Me pidió que al volver a España publicara en la prensa monárquica dos manifiestos, despidiéndose del Ejército y la Marina, que me entregó escritos a máquina y que acepté, aunque diciéndole que me parecía que no los querrían publicar, como así sucedió. Antes de acostarme, hablé largo rato con el duque de Miranda y con el comandante aparte, a quien di mi opinión sobre la despedida al Rey en la mañana siguiente y que aceptó. También el Rey me preguntó «cómo se le despediría» y le aseguré que interiormente con todos los honores. Recalamos entre dos luces y algo neblinoso, y a las cinco y media de la mañana fondeamos a unos quinientos metros, entre dos farolas. Momentos antes de desembarcar hablé con el Rey, que dudaba en la forma de despedirse,

pues me preguntó «si debía hablar o no». Yo le aconsejé que no hablase, y se despidió uno a uno de los oficiales y jefes. Así lo hizo, dándoles la mano sin pronunciar palabra. La gente, cumpliendo mi orden al comandante, se hallaba correctamente formada en sus puestos de babor y estribor de guardia; esta frente al portalón y los oficiales en línea a continuación. Presentó armas la guardia y al salir por el pantalón rompió marcha la corneta, y no cesó hasta que el propio Rey desde el bote, mandó parar. Al despedirse de mí le dije de acompañarlo hasta dejarlo en el muelle, lo que le extrañó y agradeció. En el bote embarcamos únicamente el Rey, duque de Miranda, infante, el criado, mi ayudante y yo. El Rey, a popa, mandó:

—Abre

Y al decirle yo «mire Señor, qué correctamente están», rompió a llorar y metiéndose debajo de la cámara, me dijo:

—Dispense, don José, no lo he podido evitar.

Desembarcamos en el muelle más próximo saltando por un remolcador que estaba atracado a la escala. Eran las seis menos cinco. No había en el muelle más que cuatro o cinco hombres pertenecientes, al parecer, al remolcador. El infante les preguntó si no había cerca coches, y el individuo silbó para avisar. Se extrañaron al verme por mi actitud con el Rey e ir de uniforme mi ayudante y yo. El Rey me abrazó y dijo me marchase, dándome las gracias por todo. Le dije que esperaba a que desembarcaran los maletines que venían en otro bote, y cuando aquellos estuvieron sobre el muelle y la gente embarcada, me despedí, volviendo a abrazarnos al ayudante y a mí. En el momento de embarcar, ya llegaba un taxi verde oscuro con faja blanca, donde embarcamos el equipaje, y el Rey permaneció de pie en el muelle mientras salíamos de los botes. Ya un poco lejos del muelle le vi retirarse.

En cuanto llegamos a bordo me recibieron haciéndome honores; le dije al comandante colgase los botes y zarpase enseguida para Cartagena y que al salir de las aguas jurisdiccionales francesas se izase la bandera tricolor, haciéndose los honores correspondientes. La salida fue inmediata, pues estábamos con el ancla a pique y, a las ocho y cuarto vi el primer cañonazo; seguramente estábamos fuera de las aguas jurisdiccionales francesas.

Refrescó el norte, haciéndose frescachón y arbolando bastante mar, llamándose luego al norte, tan pronto salimos de la influencia del golfo a eso de las tres de la tarde.

Se recibió orden de retirar retratos de la familia real y símbolos de la Monarquía. A las siete treinta de la mañana fondeábamos en Cartagena, tomando el expreso para Madrid. Después de lo escrito anteriormente me enteré de que se fantaseaba sobre supuestas incorrecciones cometidas a bordo durante el viaje a Marsella. Todo eso es falso, pues ni yo me di cuenta, ni ninguno de a los que después pregunté. Todos a bordo estuvieron correctísimos y el Rey fue tratado como tal hasta el último momento. El incidente de la petición de una bandera ya lo he relatado y respecto a que vio cortar el estandarte para hacer la nueva bandera, me extraña, pues yo no lo vi. Esa faena, caso de que tuviera lugar, se hace a popa. Ha sido que el ayudante de cámara de Su Majestad lo vio y contó; lo ignoro.

El 19 de febrero juré el cargo de ministro por segunda vez. El 12 de abril fueron las elecciones municipales y en vista del resultado, el 14 a las nueve menos cuarto salimos de Palacio con el Rey, llegando a Cartagena a las cuatro y media, embarcando en el *Príncipe Alfonso*, fondeado en Marsella el 16 a las cinco y media de la mañana, desembarcando a las seis y cinco, dejando al rey en el muelle y saliendo para Cartagena, donde fondeamos el 17 a las ocho de la mañana. Al salir de las aguas jurisdiccionales de Marsella se izó la bandera republicana por orden del nuevo Gobierno. El 20 me presenté al ministro, a quien di cuenta de mi comisión y en seguida me retiré del despacho casi sin oírle. Y aquí termina mi vida oficial.

En *ABC* de 7 noviembre de 1973 se cita otro importante documento que viene a completar el ya expuesto. Se trata de la carta que el comandante del *Príncipe Alfonso* remite a sus hermanos el día 18 de abril de 1931 contándoles las peripecias de aquel viaje. No modifica las declaraciones del almirante, pero hay detalles que siguen siendo esclarecedores para adivinar el ambiente que se respiraba en aquellos históricos momentos. El capitán de navío Manuel Fernández Piña, comandante del buque, pensaba que iban a Inglaterra y ya en la mar supo que debía poner rumbo a Marsella. No se permitió al Rey comunicarse con el exterior «como el pobre deseaba para saber de su familia; a esto no me atreví por temor a que se pescasen sus radios y me costase un disgusto con el gobierno». Un mal trago, dice el comandante del buque. No nos extraña; con el Rey se iba la Monarquía embarcada sin razón ni más expli-

cación que los inciertos datos de unas elecciones municipales y el Rey no era ningún alcalde elegible. Una grosera y triste despedida, inmerecida a todas luces.

Ni la bandera española que enarbolaba el buque *Príncipe Alfonso* se le entregó con la excusa de estar a cargo.

El buque *Príncipe Alfonso* regresó a España siendo ya republicano. Adoptaría el nombre de *Libertad* y terminaría sus años de mar con el nombre de *Galicia*.

Cuando el buque se hacía a la mar con el Rey a bordo se cruzó con un submarino de la clase B5 que regresaba a puerto. Se vio cómo arriaba la bandera tricolor e izaba la de España rindiendo los honores de ordenanza al cruzarse. El comandante del submarino se llamaba Luis Carrero Blanco.

Así se acabó la Corona. «Nos regalaron el poder», dice Miguel Maura, ministro de Gobernación. (*Así cayó Alfonso XIII*, Marcial Pons, Madrid, 2007).